

SHAKESPEARE SEGÚN JOHNSON

Prefacio a Shakespeare
Samuel Johnson
Cuadernos del Acantilado
(Editorial Acantilado, 2003)

Prefacio al Prefacio

Suele decirse que Shakespeare es el autor acerca del que más se han publicado y probablemente es cierto. He leído bastantes libros dedicados a él y sigo comprándome más y más. No me canso.

Es un caso curioso, pues generalmente me fatiga dar vueltas y vueltas a un mismo asunto. Pero Shakespeare siempre es nuevo, o al menos siempre es interesante y además es un autor que hace interesantes a quienes hablan de él. Shakespeare parece ser la contradicción viva al principio de incertidumbre de Heisenberg, que asegura que el observador modifica lo observado, pues en su caso es más bien lo observado lo que modifica al observador. Este misterio también inquieta a los propios expertos en Shakespeare que buscan qué es lo que distingue a este autor de sus contemporáneos: Marlowe, Kyd, Jonson, Middleton, Ford, qué es lo que hace que ellos, los críticos, tengan cosas interesantes que decir cuando hablan de Shakespeare.

Lo anterior no debe hacer suponer que basta con entregarse a Shakespeare sin más: lo cierto es que el *efecto Shakespeare* aumenta mientras más ponemos nosotros: nos mejora si nosotros somos mejores. Cada vez que vuelvo a leer un libro de Shakespeare o veo una película o lo veo representado en el teatro, descubro cosas que no vi antes. Algunas no las vi quizá por descuido, pero otras no las vi porque para verlas necesitaba saber cosas que todavía no sabía. Intentaré reducir esta magia sepiriana a los quizá estrechos límites de una metafísica razonable.

No es que todo esté en Shakespeare. No es que sus obras contengan en su envoltura isabelina la suma del universo, preparada para desenvolverse ante una mirada atenta. Más bien sucede, creo, que Shakespeare supo apuntar a los puntos neurálgicos de ese universo, que supo trazar en versos las líneas

de fuerza que a todos nos ofrece la observación de la realidad, lo que tradicionalmente se ha llamado temas universales, y que no enumeraré aquí. Y no sólo supo dar con esos asuntos, sino que supo plantearlos de manera ambigua, mostrándose objetivo precisamente por mostrar todos los puntos de vista subjetivos.

Este largo preámbulo me sirve quizá también para intentar explicar por qué un librito tan breve (100 páginas) como el que Samuel Johnson dedica a Shakespeare contiene tantas cosas acertadas, tantas observaciones agudas. No voy a decir que sea el autor que mejor ha comprendido a Shakespeare, ni si muchas de sus ideas son aceptadas o rechazadas hoy en día, pero en todo el *Prefacio* se respira, o así me parece a mí, un continuo aire de verdad, más allá de los errores de detalle. Creo que es el libro que más me ha gustado de los que he leído acerca de Shakespeare. Ahora estoy leyendo dos libros acerca de Shakespeare: *La invención de lo humano*, de Harold Bloom y *Trabajos de amor dispersos* (las conferencias de Auden sobre Shakespeare). El de Bloom tiene 800 páginas y el de Auden más de 400. Contienen multiplicado el prefacio de Johnson, pero me da la impresión de que no llegan a sumar, juntos, sus aciertos. De todos modos, como diría Ana Aranda, ¿es necesario comparar? Disfrutemos de Johnson y también de Bloom y de Auden porque con los tres disfrutaremos de Shakespeare, es decir, de nosotros mismos.

Samuel Johnson (1709-1784)

Samuel Johnson en un retrato inusual (sin peluca), realizado por Joshua Reynolds, a quien Boswell dedica la *Vida de Johnson*



Samuel Johnson, una verdadera leyenda de las letras inglesas es célebre por varias razones. Una de ellas es porque escribió él solo el más impresionante diccionario de la lengua inglesa, que sólo fue superado con el tiempo por el Diccionario Oxford, realizado por un equipo numeroso y cientos de colaboradores. También es conocido Johnson, y muy bien conocido, por la biografía que

acerca de él escribió Boswell y que es una verdadera delicia. Yo compré dos ejemplares cuando estuve en Irlanda, pero de alguna extraña manera me han desaparecido, junto con *El paraíso recobrado* de Milton que compré para mi amigo Manuel Abellá. Ahora se ha publicado en español (la biografía de Johnson por Boswell) pero resumida y casi sin notas, cuando una de las cosas más interesantes del desmesurado empeño de Boswell son las notas y las notas a las notas. Muchos consideran que la biografía de Johnson es la mejor biografía jamás escrita. No sé yo bastante como para opinar acerca de eso, pero por lo que pude leer hasta que perdí el libro, es muy posible (si exceptuamos las autobiografías).

Otra razón por la que es famoso Johnson es porque era un hombre ingenioso y asombroso, árbitro literario de su tiempo. Se considera que es el autor inglés más citado después de Shakespeare e incluso se conoce el fin del siglo XVII como la *Era de Johnson*. Y también es conocido porque fue precisamente él el iniciador de lo que se llama el culto moderno a Shakespeare,

también conocido como “bardolatría” (porque Shakespeare era “el inmortal bardo del Avon”).

Y ese culto se inició precisamente con este *Prefacio* a una nueva edición de las obras de Shakespeare, edición que corrió a cargo del propio Johnson. Por ello, no es de extrañar que muchas de las ideas de Johnson nos parezcan tópicas: fue él quien las dijo por vez primera (o al menos quien las dijo y fue escuchado por vez primera con atención).

Los defectos de Shakespeare

Johnson empieza su prefacio refiriéndose al culto al pasado y el desprecio del presente, que como se ve, es algo que siempre se ha dado:

“El objetivo principal de la crítica es encontrar los defectos de los modernos y las virtudes de los antiguos: mientras un autor está vivo juzgamos su capacidad por la peor de sus actuaciones, y cuando está muerto, por la mejor.”

Señala Johnson que aunque las frases extraordinarias de Shakespeare se cuentan por docenas, su verdadera fuerza:

“no se aprecia en el esplendor de pasajes concretos sino en el desarrollo de su trama y en el tenor de sus diálogos; y aquel que pretenda recomendarlo mediante una selección de citas actuará como el pedante de Hierocles, que mientras tuvo su casa en venta llevaba de muestra un ladrillo en el bolsillo”.

Johnson examina, como han hecho tantos críticos después de él, las críticas que se han hecho a Shakespeare: que sus romanos no son romanos (Dennis y Rhymer), que sus reyes no son regios (Voltaire), que sus obras no son propiamente tragedias ni comedias, sino una confusa mezcla de ambas... Johnson mostrará que estos defectos son precisamente las virtudes de Shakespeare, pero él también enumerará una serie de defectos que encuentra en Shakespeare. Defectos que a mí, como a él le sucedía con los críticos anteriores, casi me parecen aciertos:

“Sacrifica la virtud a la conveniencia y pone más cuidado en agradar que en instruir, hasta tal punto que parece escribir sin ningún propósito moral.... No distribuye con justicia el bien y el mal...conduce a sus personajes indistintamente por el camino correcto y el incorrecto”.

Junto a estos defectos, menciona los errores de bulto de Shakespeare, como poner un puerto en Milán o atribuir a un pueblo o época costumbres que no existían. No voy a caer en el desprecio de la novela histórica, que siempre suele estar documentada exhaustivamente, pero en este asunto soy partidario de la postura de Shakespeare, que consiste en elegir un escenario adecuado a lo que quiere contar sin atender mucho a la verosimilitud histórica. Esta era también la postura de Goethe, por cierto. Creo que la novela histórica no me acaba de enganchar porque en la duda entre leer una novela histórica o un libro de historia siempre gana el segundo. No hay por qué comparar, claro, pero en esta cuestión la comparación es muy natural: se trata de elegir si queremos leer la historia de Alejandro contada por un historiador o novelada, duda que no se plantea cuando leemos el Julio César de Shakespeare, cuyo valor histórico casi ni siquiera nos planteamos.

Otros defectos de Shakespeare que menciona Johnson: “Nunca pasa mucho tiempo sin que un chiste fácil o un equívoco vulgar interrumpen sus momentos delicados y conmovedores”. También parece esto menos un defecto que una de las virtudes de Shakespeare, pues es este contraste lo que permite que apreciemos después las alturas a las que nos eleva. El desenlace del personaje de Falstaff, ¿podría ser tan impresionante si no nos lo hubiera mostrado antes Shakespeare como un bufón ridículo, juerguista, desvergonzado y traidor?

Acerca de la verosimilitud

Después de enumerar una ristra de defectos que hace dudar que quede algo que elogiar en Shakespeare, Johnson comienza a desgranar las virtudes de Shakespeare. Da la impresión, al leer una y otra vez los mil defectos de Shakespeare, que como el gigante Anteo, el bardo inglés recupera sus fuerzas al caer a tierra.

Es aquí, en este *Prefacio*, donde se halla aquella anécdota famosa acerca de la verosimilitud. Se reprocha a Shakespeare romper las convenciones del teatro tradicional, como la unidad de tiempo y lugar. Resulta que en el primer acto los personajes están en Sicilia, y en el segundo en Atenas, pero, ¿Cómo puede creerse eso el espectador? ¿Cómo puede creer que ahora está en Atenas y un momento después en Sicilia? Johnson responde que el espectador nunca ha creído que se hallara en Sicilia o en Atenas, sino que siempre ha sabido que se hallaba, en todo momento, en un teatro.

Y dice también Johnson acerca de la unidad de tiempo y lugar:

“Una obra dramática afecta al espíritu tanto como una obra representada. Así pues, se entiende que la acción no es real y, por tanto, se puede admitir que entre los actos transcurre un espacio mayor o menor de tiempo, y que el espectador de la obra no va a tener más en cuenta la duración o el espacio que el lector del relato, ante el cual pueden transcurrir en una hora tanto la vida de un héroe como las revoluciones de un imperio”

Esto me recuerda a aquello otro que digo a veces: entre el momento en el que D'artagnan atraviesa con su espada al adversario y el momento en el que éste cae al suelo muerto quizá transcurrió mucho tiempo: Alejandro Dumas quizá fue interrumpido cuando la espada entró en el pecho del sicario de Richelieu y reanudó la escritura meses después, haciendo que el muerto, por fin, se desplomara al suelo.

Ahora la convención de la unidad de tiempo y lugar nos resulta no sólo arbitraria, sino incluso ridícula y extravagante, hasta el punto de que adoptarla es casi un signo de modernidad, como

cuando Hitchcock lo hizo en *La soga*. Pero Johnson, al igual que le pasó a Poincaré cuando descubrió ciertos hechos matemáticos que podían haberle conducido a la teoría de la relatividad anticipándose a Einstein, casi pide perdón por pensar algo tan extravagante:

“Quizá lo que he escrito, no dogmática sino prudentemente, pueda llevar a una nueva revisión de los principios del teatro. Casi me asusta mi propio atrevimiento, y cuando pienso en la fama y el prestigio de aquellos que mantienen la opinión contraria, estoy dispuesto a sumirme en un silencio reverencial”.

Cuenta enseguida Johnson eso que dije al inicio acerca de por qué Shakespeare nos sigue afectando: “Un pensamiento no nos llega al alma porque los males a los que nos enfrenta sean reales, sino porque son males a los que nosotros mismos podríamos vernos expuestos”. Pero al mismo tiempo, señala que la clave de la tragedia procede precisamente de nuestra conciencia de la ficción: Si creyéramos que los asesinatos y traiciones son reales, dejarían de agradarnos”. En otros autores, sin embargo, nunca se rompe la distancia entre los personajes y nosotros, entre la ficción y al realidad: siempre sentimos que todo eso que les pasa a ellos no tiene relación con nosotros. Aquí vale la pena citar un texto de Harold Bloom en el que cuenta cómo Shakespeare consigue a menudo romper esa distancia, por ejemplo en el caso del malvado Ricardo III. Pongo aquí un enlace a un resumen de ese texto de Bloom, que suelo usar en mis clases para mostrar la ambigüedad de los personajes sespirianos:

Los malos de Shakespeare: Ricardo III

[Homero y Shakespeare](#)

Dice Johnson:

“Tal vez no sea posible encontrar otro autor –excepto Homero- que innovara tanto como Shakespeare, que hiciera progresar tanto los estudios que cultivó y difundiera tantas innovaciones en su época o en su país”.

Me alegra esta opinión porque la comparto y pienso que Homero no fue, como se considera ahora de manera bastante unánime, un mero recopilador de historias o cantos. Yo creo que es un autor (o dos autores) con verdadera intención narrativa y en modo alguno me parece que un relato tan bien y extrañamente construido como *La Odisea* sea fruto de la mera suma de cantos dispersos, sino que, me parece, revela una intención muy precisa e inteligente. Sé que esta no es la opinión académica pero quizá las cosas vuelvan a cambiar en el futuro. Lo que sí es quizá discutible es el carácter innovador de Homero, pues es una afirmación paradójica tratándose del primer autor conocido en lo que, de un modo tan inadecuado, se llama Occidente. Que sea el primero conocido no significa que sea el primero que existió, pero, en cualquier caso, el alcance de sus innovaciones, ¿con qué lo podemos comparar? Como dice el propio Johnson al principio del Prefacio: “Del primer edificio que se erigió se hubiera podido afirmar con certeza que era redondo o cuadrado, pero sólo por referencia al tiempo se pudo determinar si era alto o espacioso”, y añade precisamente:

“Ni siquiera ahora podríamos saber si los poemas de Homero trascienden los límites de la inteligencia humana salvo por la constatación de que siglo tras siglo, nación tras nación, no hemos sido capaces de hacer otras cosas que reescribir sus episodios, dar nuevos nombres a sus personajes y parafrasear sus opiniones”.

[El espejo de la especulación](#)

Una de las cosas que más me ha gustado del libro de Johnson es que él mismo reconoce que las especulaciones acerca de Shakespeare y de sus obras no pueden ir muy lejos, pues el propio

autor no se preocupó de publicarlas en vida y las ediciones contienen tantos errores y has sido transcritas por tantas e inexpertas manos que a menudo hablamos de lo que escribió Shakespeare sin saber si esa frase la escribió él o un copista, o un actor que modificó el diálogo porque lo recordaba mal o quería mejorarlo:

“Si el autor hubiera publicado sus obras, ahora nos podríamos sentar tranquilamente a desenredar sus embrollos y esclarecer sus pasajes oscuros; sin embargo, nos vemos en la tesitura de romper lo que no podemos desembrollar y eliminamos lo que por ventura no entendemos”.

Por otra parte: “Shakespeare prestaba más atención a la sucesión de ideas que a la de palabras, y su lenguaje, que no fue concebido para la mesa del lector, cumplía plenamente sus expectativas en la medida en que trasmitía al espectador su significado”.

Johnson reconoce que hay pasajes que no ha podido interpretar y que espera que sea el tiempo el que los resuelva.

Asegura que también ha salvado a muchos versos dudosos de las embestidas de la corrección, adoptando el criterio romano: “Es más honroso salvar a un ciudadano que matar a un enemigo” Explica que la división de las obras sepsirianas en actos no es muy correcta puesto que en su época las obras se escribieron y publicaron sin interrupciones y que deberían ser representadas con pausas breves “intercaladas tantas veces como cambie la escena o cuando se requiera que transcurra un plazo de tiempo considerable.”

Asegura que podría haber escrito notas más extensas porque el arte de escribir notas no es difícil de ejecutar:

“El trabajo consiste en primer lugar en denostar la estupidez, la negligencia, la ignorancia y la asnal falta de gusto de los editores anteriores y en mostrar, de todo cuanto se hizo antes y después, la inelegancia y la absurdidad de la interpretación antigua; en proponer, a continuación, algo que pueda fascinar a los lectores superficiales pero que el editor [de las notas] rechaza con indignación; en presentar, acto seguido,

la verdadera interpretación con una larga paráfrasis; y, para concluir, en brindar una cerrada ovación al descubrimiento, y romper juiciosamente una lanza a favor del avance y prosperidad de la crítica genuina.”

Es fácil reconocer este método, que como el propio Johnson se apresura a aclarar, a veces incluso es adecuado: “No obstante, siempre he sospechado que una interpretación es acertada si requiere muchas palabras para probar que es incorrecta, y que una rectificación es incorrecta si no logra parecer acertada sin excesivo esfuerzo”.

Incluso este hombre que ha sido considerado un gran erudito casi sin igual dice:

“He aprendido a desconfiar de la especulación conforme la he ido practicando, y tras publicar unas cuantas obras resolví no incluir ninguna de mis interpretaciones en el texto. Ahora me felicito por esta precaución, ya que cada día aumentan mis dudas sobre mis correcciones”.

Recuerda Johnson el caso de otro célebre interpretador, Escaligero, quien también desconfiaba de su propio trabajo: “Nuestras interpretaciones se burlan de nosotros, avergonzándonos cuando después nos las encontramos en libros mejores” (“*Illudunt nobis conjecturae nostrae, quarum nos pudet, posteaquam in meliores codices incidimus*”). Y, en efecto, dice Johnson, tanto las correcciones de Escaligero como las del también reverenciado en su época Lipsius “Son a menudo vagas y discutibles, tanto como las mías o las de Theolbald”. Y cita una frase del propio Lipsius: “Como hace tiempo se trabajaba contra las adulteraciones, ahora en cambio luchamos contra las correcciones”.

Advierte Johnson que no hay ningún peligro en la especulación siempre y cuando se mantenga como tal y mientras el texto permanezca ileso.

La crítica de la crítica

Lamenta Johnson el haber dedicado tanto espacio a las refutaciones de los editores de Shakespeare que le precedieron:

“No me resulta grato al revisar mis volúmenes observar cuánto papel se ha desperdiciado en refutaciones. Cualquiera que considere las revoluciones del saber y las diversas cuestiones de mayor o menor importancia a las que el ingenio y la razón han consagrados sus facultades debe lamentar lo infructuoso de al investigación y los lentos avances de la verdad al constatar que al mayor parte de la labor de cualquier escritor consiste únicamente en la destrucción de aquellos que le precedieron. La primera preocupación del creador de un nuevo sistema es derrumbar los edificios existentes. El principal deseo de aquel que comenta a un autor es mostrar hasta qué punto otros comentaristas los han adulterado y oscurecido.”

Johnson es muy consciente de que a él le sucederá lo mismo y que su edificio será derrumbado por otros mejor informados o tesoneros que él:

“Me vi obligado a censurar a aquellos a quienes admiraba, y no podía dejar de pensar, mientras echaba por tierra sus correcciones, en lo pronto que las mías podrían correr el mismo destino”

Por ello, dice, “deberíamos ser más considerados con los esfuerzos de los demás”. Porque, en definitiva: “las diferentes lecturas o interpretaciones de un pasaje parecen cuestiones que bien podrían hacer ejercitar el ingenio sin involucrar las pasiones”. Atribuye la virulencia de los críticos, tanto al atacarse entre ellos como al atacar a los autores, a la vanidad. Sin duda es así, creo, aunque también puede influir que la inseguridad que uno mismo siente por la solidez de algunas de sus ideas se disimula al atacar a otro y mostrarlo incapaz, y también a que se obtiene una especie de placer malsano al burlarse de aquellos a los que suele considerarse inteligentes o eruditos.

La conclusión de Johnson es hermosa:

“Puedo afirmar con absoluta franqueza de todos mis predecesores lo que espero que se diga de mí en el futuro: que ninguno ha dejado de mejorar a Shakespeare y que no hay ninguno con cuya ayuda o información no esté en deuda... a todos los he tratado con la consideración que unos a otros no han tenido la prudencia de dispensarse”.



Un retrato de Johnson,
más conocido y de época.
Yo prefiero el otro.

El lector ingénuo

Johnson termina su libro con una serie de reflexiones acerca de cómo se debe leer un libro, incluso un libro con un aparato crítico tan enorme como el que él añade a la edición de las obras de Shakespeare. Cito aquí algunos pasajes sueltos, con los que estoy de acuerdo, creo, completamente:

“A menudo las notas son una necesidad, pero una necesidad incómoda. Dejemos que aquel que no esté aún familiarizado con el talento de Shakespeare, y que desee sentir el más alto placer que el teatro puede proporcionar,, lea cada obra desde la primera hasta la última escena indiferente por completo a todos sus comentaristas. Cuando su imaginación esté

volando no permitamos que descienda hasta la corrección o la explicación. Cuando su atención se encuentre fuertemente atrapada dejemos que desprecie el nombre de Theobald o de Pope. Permitamos que siga leyendo entre el brillo y la oscuridad, entre la integridad y la corrupción, que mantenga su comprensión del diálogo y su interés por la fábula. Y cuando el placer de la novedad haya cesado, dejemos que aspire a la exactitud y lea a los comentaristas.

“Las notas aclaran pasajes concretos, pero debilitan el efecto general de la obra. El espíritu se enfría con cada interrupción; los pensamientos se desvían del tema principal; el lector se aburre sin sospechar la causa y, al final, tira el libro que estudio con tanto detenimiento.”

“Mientras no se haya visto el libro en su conjunto no se deben examinar las partes. Es imprescindible una especie de distanciamiento intelectual para comprender en su integridad el propósito de toda gran obra de arte y sus verdaderas proporciones. Un enfoque minucioso muestra hasta las más pequeñas fruslerías a costa de perder para siempre la visión de conjunto.”

“No es muy grato considerar que los sucesivos editores han añadido muy poco a la capacidad del autor para producir placer. Fue leído, admirado, estudiado e imitado cuando todavía lo deformaban todas las incorrecciones que la ignorancia y el descuido acumularon sobre él, y cuando aún no se había corregido su lectura ni se habían comprendido sus alusiones”

Y termina Johnson con una encendida defensa de la ingenuidad que el espectador o el lector ha de tener. O recuperar, pues muchos la han perdido y confunden sus prejuicios con refinamiento y sentido de la exigencia:

“Hay muchos, y el afán de conservar mis amistades no me permite citar nombres, que acuden al teatro con la crítica ya escrita. Entre ellos se cuentan los que abusan de algo tan razonable como es sin duda la verosimilitud. Pero, ¿acaso no exige el disfrute de la ficción una cierta cesación de la exigencia de verosimilitud? No sería más conveniente que imitáramos a los niños y suspendiéramos el juicio como escépticos antiguos cuando vamos al teatro? El temperamento crítico es sin duda elogiabile, y gracias a la necesidad que de él tiene nuestra sociedad yo me puedo permitir contar con el apoyo de suscriptores que sostienen mis empeños literarios, pero el placer casi siempre está reñido con el juicio severo. Presumo yo más bien de poseer en un solo cráneo dos o más cerebros: un cerebro isabelino que se entrega a Shakespeare sin hacerse preguntas que no sean las que el mismo me quiere sugerir y otro cerebro, que vive en el presente, que observa escondido pero no interviene hasta que ha llegado su momento.”